

(Transcripción)

Manila, 25 de enero de 1982

*«Radio Veritas», la emisora católica de Manila que transmite programas a todos los países de Extremo Oriente, le pidió a Chiara un mensaje para emitir durante su estancia en Filipinas. Fue el siguiente*

*Queridísimos oyentes:*

Como todos sabemos, a pesar de las tensiones del mundo contemporáneo, tensiones entre Este y Oeste, entre Norte y Sur; tensiones que no faltan específicamente en esta parte del mundo, a pesar de las amenazas de guerra; la explosión de los diversos fenómenos de terrorismo y otros males del presente, el mundo tiende a la unidad.

Esto es un signo de los tiempos.

Lo dice el Espíritu Santo en el mundo cristiano, donde ha estallado la voluntad de reunificación, después de siglos de indiferencia o de lucha; lo dicen los Papas, como Pablo VI, cuya doctrina está impregnada por esta idea; Juan Pablo II, quien, con sus viajes a todo el mundo y su abrazo universal a todos los pueblos, personifica este concepto; lo ha dicho el Concilio, cuyos documentos se refieren repetidamente a la unidad; lo dice su apertura al diálogo con las otras religiones, con todos los hombres de buena voluntad; la institución de secretariados específicos para esta finalidad; lo dicen - en otro campo - incluso ideologías que nosotros, creyentes, no podemos compartir, pero que se dirigen a resolver los problemas del mundo de manera global. Lo dirigen y organizaciones internacionales. Además, favorecen la unidad los modernos medios de comunicación, que hacen al mundo pequeño y lo llevan todo a la familia y comunidad...

Sí, el mundo tiende a la unidad.

Es en este contexto, pienso, donde hay que considerar cuál tiene que ser hoy nuestra actitud como cristianos de nuestras familias, de los jóvenes. También desde esta óptica hay que afrontar hoy la evangelización de Asia.

Nosotros, cristianos, podemos subrayar esta tendencia del mundo a la unidad. Podemos dar nuestra aportación específica a través de aquella unidad sobrenatural que fue el último sueño de Jesús: «Para que sean uno como Tú y Yo somos uno» (Jn. 17,21).

Todos nosotros estamos ya unidos por la vida de la gracia, que se nos confirió con el bautismo.

Pero hace falta que esta vida divina que está en nosotros sea, en cierto modo, visible fuera de nosotros.

¿Cómo?

Con el amor recíproco vivido intensamente.

Ese amor que caracterizó a los primeros cristianos podrá manifestarse también hoy como una fuerza arrolladora en este inmenso continente que en su mayor parte aún no conoce a Cristo.

El hecho es que, si nosotros nos amamos en serio, en espíritu de mutuo servicio como Jesús que, Señor y Maestro, lavó los pies a sus discípulos, si nos amamos, dispuestos como El, a morir unos por otros, y ponemos este amor como base de nuestra vida, se verifica un hecho: Cristo, el propio Cristo, estará en medio de nosotros. Él lo ha dicho: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt. 28,20). Y «donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt. 18,20).

Sí, Jesús está entre aquellos que se aman. La unidad le expresa, le manifiesta, le revela, y el mundo le ve.

Es por esta unidad, por la que el mundo le reconoce.

Y entonces, si está El, ya no tenemos nada que temer.

Si está El, podemos esperar todo.

Sí, también la evangelización de Asia.

Porque en Asia, muchos son buenos, son religiosos, tienden espontáneamente a los valores eternos y si lo encuentran a El, de verdad, no le pueden dejar de reconocer.

Entonces, ¿qué tenemos que hacer?

Ante todo, hay que apoyarse en los jóvenes cristianos. Ellos son el Asia del mañana.

Hay que confiarles esta tarea de hacer que Jesús viva espiritualmente en sus reuniones con amigos, en los colegios, en los campos de deportes, por todas partes.

Hay que decirles que, nutriéndose de la Eucaristía, de la Palabra de Dios, bien unidos a sus Obispos, pueden emprender esta aventura de llevar a Cristo en medio del mundo, si el amor que descende de lo Alto arde en ellos y los hace uno.

Del mismo modo las familias: las «eclesiolas», como las llama el Santo Padre Juan Pablo II. Que también ellas establezcan entre los distintos miembros la presencia de Cristo con el amor, el respeto, la donación recíproca entre padre y madre, padres e hijos, nietos y abuelos, y viceversa. Y entonces cada familia será verdaderamente una pequeña Iglesia.

Y como tal, apta para desempeñar la tarea misionera que hoy no es solamente deber de los sacerdotes, sino de todo el pueblo de Dios.

De este modo, hacemos a Cristo presente en los colegios, en las oficinas, en las fábricas, en las empresas, por todas partes.

Entonces, con Cristo espiritualmente vivo entre los cristianos, veremos los milagros de la gracia. El los sabe hacer.

Porque hoy, como afirmó Pablo VI, el mundo no escucha tanto a los maestros como a los testigos. Y si escucha a los maestros es porque antes son testigos.